

Santa Rosa siempre llega

*Stay with the beer.
Beer is continuous blood
a continuous lover.*
Ch. Bukowski

—Dos, por favor —dijo y estiró el billete de diez.

El vidrio de la ventanilla le devolvió el reflejo de su rostro cansado. Se le dibujó una mueca en la boca frente a la ironía de que la estación se llamase Carabobo.

—Por fin alguien que se ríe esta tarde —le dijo la boletera, sonriendo también, mientras le daba los dos cartoncitos y el vuelto.

¿Dónde había leído que el tiempo en el subte se estira y se encoje? Las seis estaciones que lo separaban de Loria pasaron en una nada, en un instante, en el tiempo en que cerró los ojos y suspiró.

Subió las escaleras al bullicio de la avenida, con las manos en los bolsillos, el andar arrastrado, como si los pasos no se decidieran a ser dados y canturreando algo que pretendía, sin suerte, ser una canción de Pappo.

*No digas nada a nadie,
pero estuve despertando
en la mañana...*

Hizo una cuadra con el sol del atardecer cayendo sobre los edificios que se recortaban hacia el Oeste, más allá de las vías del Sarmiento, a sus espaldas.

El barrio tenía cierto encanto tercermundista: jóvenes negros y altos de algún país de África que vendían relojes en la calle, peluquerías —colores, botellas y rumba— dominicanas, casa de comidas peruanas, de jugos haitianos, supermercados con familias chinas intercambiables, travestis de toda Latinoamérica vendiendo lo suyo, venían a sumarse a los barsuchos de borrachos y peleadores locales.

Subió por 24 de Noviembre hasta Carlos Calvo, dobló a la izquierda. Caminó una cuadra y media y entró empujando la puerta con el pie.

El mobiliario del bar —que incluía, sin duda, al mozo español— era tan austero como previsible: seis mesas, treintaitantas sillas y una barra. En la pared, tras la barra, un espejo gastado desdibujaba las imágenes de los jubilados que jugaban sus mínimas fortunas al dominó o al truco y un cartel advertía sobre la prohibición de escupir en el suelo. Se sentó junto a la ventana, desde donde se veía, del otro lado de la calle, la vidriera con las letras pintadas en verde —Inmobiliaria López— y más allá los tres escritorios.

Pidió una cerveza.

—Bien fría, eh. Y con maní —agregó.

El mozo se acercó enseguida con la cerveza y el plato con maníes, sirvió el vaso hasta el borde, dejando apenas medio dedo de espuma.

“Hace su tarea con desinterés y eficacia”, pensó Jotacé, “con la pericia indolente de quien no se imagina de otra manera o en otro lugar. Así habría que hacer siempre el trabajo”, se dijo mientras volvía a mirar la vidriera de letras verdes.

La cerveza era, por suerte, cerveza y no Brahma. Se preguntó, mientras daba el primer trago, cuánto más se haría esperar Santa Rosa. Miró el reloj. Y Janc también.

“Y parece mentira...”, canturreó para sí mientras vaciaba el vaso, “que hoy estuve aquí esperándote”.

Miró el cielo a través de la ventana y volvió a llenar el vaso.

Empezaba a ponerse gris y estaba naciendo un viento espeso que en pocos segundos levantó algunas hojas del piso, la pollera azul de la chica de pelo lacio y colorado y las posibilidades de que llegara, al fin, la retrasada tormenta de Santa Rosa.

Tomó otro trago.

La cerveza era mejor que el viento fresco en septiembre, que las piernas desnudas de la pelirroja de pollera azul. Mejor que el bar y el mozo viejo. Mejor que el pequeño Tercer Mundo que lo circundaba. De pronto no importaba tanto que Janc no llegara. Esa cerveza fría les estaba dando, sencillamente, sentido y valor a las cosas. Sentido a la tarde, valor a él.

Miró el ticket sobre la mesa e hizo un arqueo mental de lo que le quedaba en la billetera. Le alcanzaba para una más y lo que sobraba no servía ni para propina.

“Por lo menos tengo el boleto para volver. Si todo sale bien, en veinte minutos puedo estar en casa, y si no...”. Tragó la idea con lo que restaba del vaso: “Si no, patrullero o ambulancia, alguien se va a ocupar de llevarme a algún lado”.

—Otra —dijo levantando la botella vacía y verde.

La tomó poco a poco, paladeando cada trago, poniendo especial atención en el ocre regusto del final.

Volvió al reloj. Era obvio que Janc no iba a venir. Mala señal. No le gustaba laburar solo. Miró el cielo. “Ojalá se largue”, pensó, sería una buena señal: le gustaba laburar con lluvia. El gris del cielo estaba cada vez más denso, el viento traía olores que la ciudad tenía olvidados.

Al maní le faltaba sal. A la cerveza no le faltaba ni le sobraba nada, novecientos veinticinco milímetros de un perfecto milagro dorado. La terminó, llamó al mozo, le dio los tres billetes apenas arrugados y, sin esperar el vuelto, se levantó rumbo al baño diciendo gracias.

Iba a empezar los preparativos cuando vio entrar a un tipo de aspecto nervioso. Entonces eligió un mingitorio y meó una parte de la cerveza. El tipo nervioso se puso a su lado y no paró de hablar: la locura del tiempo, el nuevo –y obvio– triunfo de River sobre San Lorenzo, la escasa ropa que insisten en ponerse las porteñas. Por fin terminó y salió. Sin lavarse las manos.

Cuando se quedó solo, Jotacé se lavó la cara dos veces y quedó frente al espejo. Mostró los dientes, achinó los ojos.

“Bastante cansado y un poco aburrido”, pensó, “pero conservo la fiereza”.

Después revisó el 38. Las balas, el tambor, el seguro.

“Él también está viejo y algo magullado”, sonrió con cariño mientras lo guardaba entre el cinturón y la espalda, “pero todavía aguanta. Claro que aguanta”, pensó, y salió decidido.

Cruzó la calle mientras trataba de calcular cuánto tardaría en ponerse a llover.

Actuó como un viejo lobo profesional –con rapidez, tranquilidad y orden– y en cuatro minutos todo estaba donde debía estar: los tres empleados encerrados en el baño, la plata de la inmobiliaria López en su bolsillo, Jotacé camino a casa.

Subió una cuadra por Catamarca y dobló en San Juan, inquietas las manos sobre el fajo de billetes, firme el andar, tarareando muy bajito la recurrente canción del Carpo.

Estaba llegando a la estación Jujuy cuando sintió las primeras gotas en la cara. Entonces apuró el paso y bajó las escaleras de a dos escalones por vez.

“Santa Rosa siempre llega”, pensó, mientras la tormenta se desataba sobre Buenos Aires.